

Berkeley vs. Berkeley y la cuestión de Dios en los Principios

Berkeley versus Berkeley. On God in the Treatise

Rogelio Laguna García

Universidad Nacional Autónoma de México

ORCID: 0000-0002-6967-3911

Resumen

En este artículo nos interesa hacer una revisión de la cuestión de Dios en el *Tratado* de Berkeley sobre los principios del conocimiento humano. Para ello realizamos una exposición de las ideas centrales de esta obra, después ofrecemos una revisión crítica de los postulados, de acuerdo a las críticas establecidas por el propio Berkeley en el *Tratado*. Finalmente ponemos a discusión si el propio concepto de Dios tiene que reconsiderarse y si esto tendría implicaciones en la doctrina de la inmaterialidad del mundo.

Abstract

In this article we are interested in reviewing the question of God in the Berkeley *Treatise* on the principles of human knowledge. For this we present an exhibition of the central ideas of this work, then we offer a critical review of the postulates, according to the criticisms established by Berkeley himself in the *Treatise*. Finally, we discuss whether God's own concept has to be reconsidered and if this would have implications for the doctrine of the immateriality of the world.

Palabras clave

Modernidad, materia, filosofía natural, racionalismo.

Keywords

Modernity, matter, natural philosophy, rationalism.

Fecha de recepción: Enero 2020

Fecha de aceptación: Mayo 2020

Introducción

En 1710, cuando tenía 25 años, el filósofo irlandés George Berkeley publica *Los principios del conocimiento humano* una obra sin duda polémica porque en ella el autor sostiene que la materia no existe, ni es necesaria postularla para la

comprensión del mundo físico. esto, aclara Berkeley, como explicaremos más adelante, no supone la irrealidad del mundo sensible, ni se trata de un movimiento escéptico. Se busca, en cambio, posibilitar el conocimiento del mundo y garantizar la superación de la duda.

La estrategia argumentativa de esta obra es interesante. El autor está muy consciente de que está defendiendo una tesis que va en contra del sentido común y de siglos de tradición filosófica, por lo que en un ejercicio de convencer al lector y de repasar las posibles objeciones, Berkeley expone las posibles refutaciones a su obra en un ejercicio que nosotros denominamos a continuación como *Berkeley versus Berkeley*. La defensa del autor ante sí mismo es enérgica y prácticamente cubre cualquier objeción que el lector pueda plantearse sobre sus postulados. Consideramos, sin embargo, que se deja sin cuestionar uno de los elementos centrales de su argumentación, a saber, Dios y el papel que se le asigna en los *Principios*. Y ahí podría abrir una fisura en el postulado de la inmaterialidad del mundo que presenta Berkeley en esta obra.

Para exponer lo anterior hemos dividido el trabajo en tres apartados, en el primero exponemos el universo berkeleyano en la obra ya mencionada incluyendo el papel que Dios cumple en éste, en la segunda presentamos algunas de las objeciones que Berkeley presenta a su doctrina, y en la tercera ahondamos en la cuestión de Dios.

Espíritus, ideas y la imposibilidad de la materia

Como ya mencionamos, el eje central de los postulados de *Los principios* es que la materia no existe. ¿Pero esto significa para Berkeley? ¿Cómo está entonces constituido el universo? Para ahondar en esta cuestión debemos considerar una serie de elementos presentados por el autor como marco explicativo, estos son: a) una teoría de las ideas b) una crítica al lenguaje y c) un criterio de existencia. La construcción de este marco, que pone a la luz los principios del conocimiento humano, es necesario, nos dice Berkeley, para evitar los tropiezos que han detenido a los filósofos y “descubrir las raíces y el origen de tantas dudas e incertidumbres, absurdos y contradicciones”.¹

Para Berkeley, el origen de la mayoría de los errores que se han cometido en la filosofía es haber supuesto que la mente puede elaborar *ideas abstractas*.² Pues, piensa el autor, que con facilidad se piensa que podemos poseer una serie

¹ George Berkeley, *Principios del conocimiento humano [A Treatise Concerning the Principles of Human Knowledge]*, (Barcelona:Folio,1999), Int., §II. [A partir de aquí nos referiremos a este texto con [T] y señalando el parágrafo].

² T, Int., § VI. No confundir las ideas abstractas con las generalizaciones, que Berkeley sí aprueba (T, Int., §VII).

de ideas sobre alguna cualidad o cosa que esté completamente aislada de las expresiones particulares de las cosas. Por ejemplo, piensa el irlandés, creemos que podemos tener una idea *abstracta* del movimiento, del cuerpo o de un triángulo, pero al revisar con cuidado estas ideas nos percataremos de que éstas se presentan a la mente siempre como ideas particulares y delimitadas y que siguen respondiendo a un conjunto de cualidades que no pueden dejar de coexistir.³ Así nos dice el autor:

Puedo imaginar un hombre con dos cabezas, o la parte superior de un cuerpo humano unida a un cuerpo de cabello; y puedo considerar en abstracto, o separados del cuerpo, un ojo, una nariz, una mano. Pero sea cualquiera el ojo o mano que yo imagine, siempre tendrán determinada forma y color. De igual modo, la idea que yo me forme de hombre ha de ser la de un hombre blanco, o negro, o moreno; derecho o encorvado [...]. Por mucho que se esfuerce mi pensamiento, no puedo concebir la idea abstracta de hombre [...].⁴

De esta manera si bien puedo abstraer ciertas cualidades de ciertos objetos e incluso mezclarlos entre ellos, las representaciones que hago en mi mente responderán a configuraciones de ideas que no aparecen en su pureza sino con características particulares. Esto pasa inclusive en las figuras geométricas que los eruditos dicen entender sin necesidad de referir a una expresión particular de las mismas. Berkeley invita al lector a que se pregunte si realmente puede imaginar un triángulo abstracto, es decir, “de un triángulo que no sea *ni oblicuángulo, ni rectángulo, ni equilátero, isósceles o escaleno*, y que sea todo esto *y nada de ello a la vez*”. Si no se puede imaginar un triángulo con estas características, menos se podrán poseer ideas abstractas de objetos más complejos. Sobre esto Consiglio nos dice que:

[...]es interesante considerar que las ideas abstractas de cualidades no es que simplemente no existan, sino que son inconcebibles. Y esto porque «*our abilities to frame ideas of qualities are limited to the conditions of perception under which we experience them, and, thus, which qualities can or cannot be separated one from another depends upon the way in which we experience them*». Así no puedo concebir el color de un objeto u otras sensaciones parecidas de manera abstracta: desvinculadas del acto de experiencia propio, se convierten en ideas vacías y, por lo tanto, inconcebibles. De aquí sigue el uso del argumento antiabstraccionista para sostener también la inconcebibilidad de las ideas abstractas de cualidades primarias como la extensión, ya que no es posible pensar una extensión en abstracto, separada de otras ideas como la de color. Y es mu-

³ T, Int., §X.

⁴ T, Int., §X.

cho menos posible, en fin, pensar en una materia que exista en absoluto, sin ningún enlace con la percepción actual de una mente cualquiera.⁵

Y aunque la abstracción es imposible para Berkeley, tiene claro que a lo largo de la historia del pensamiento los filósofos han creído que poseían las ideas generales de las cosas debido al uso de la palabra, como lo habría explicado Locke en su *Ensayo* “Las palabras adquieren sentido general porque se convierten en signos de ideas generales”.⁶ Berkeley, sin embargo, considera que las palabras no son signo de que se posean ideas abstractas sino que son signo de varias ideas particulares “cualesquiera de las cuales puede indistintamente sugerir a la mente mediante la palabra”.⁷ Los *hombres de la escuela* y muchos otros, nos dice el autor, han caído en el prejuicio de que poseer los nombres de las cosas es poseer su idea. Pero esto no es así puesto que las palabras no tienen una sola significación ni son precisas y delimitadas.⁸ Por otra parte las palabras no necesariamente quieren comunicar ideas, sino que frecuentemente son usadas como recursos retóricos que generan pasiones, aunque no sepamos qué significan:

¿No nos impresiona, por ejemplo, la promesa o esperanza de una cosa buena, aun cuando no tengamos la menor idea de lo que ello pueda ser? Y la amenaza de un peligro ¿no es suficiente para provocar en nosotros el miedo, aun sin saber corrientemente qué daño nos puede sobrevenir y aunque no tengamos idea de lo que es peligro en abstracto?⁹

⁵ Francesco Consiglio, “Introducción al concepto de idea en la filosofía de George Berkeley”. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 5:6 (2016), 295.

⁶ Citado en T., Int., §XI. Sobre la relación Berkeley-Locke, Defez nos dice que: “El contrincante con quien disputa Berkeley es Locke, quien había defendido la necesidad de las ideas generales abstractas —las esencias nominales— para explicar tanto la generalidad del lenguaje y de nuestro pensamiento, como la comunicación, el recuerdo y la mejora del conocimiento. Ahora bien, tal como Berkeley dice [...] habría una manera más económica y simple de explicar esta generalidad, una explicación que además se ajustaría mejor a los hechos. ¿Qué hechos? Por un lado, que no siempre es cierto —en realidad, casi nunca— que el uso de las palabras vaya acompañado de ideas o, en el caso del uso general de las palabras, de conceptos o ideas generales abstractas (T, Int., §18 - §20). Berkeley se aparta, así, no sólo del conceptualismo y del ideacionismo de Locke, sino también de su presuposición de que el lenguaje público debe ir acompañado siempre por una especie de lenguaje mental que supuestamente le confiere significación. Y dos: que la operación mental de abstraer no es lo que Locke había pensado que era. Berkeley no tiene nada en contra de la abstracción entendida en su significado cotidiano, es decir, como el procedimiento de separación con el que somos capaces de fijar la atención sólo en una parte o un aspecto de un objeto, dejando al margen sus partes o aspectos restantes (T, Int., §7 y §9). Por ejemplo, cuando nos concentramos en la cabeza de un hombre sin considerar el resto de su cuerpo, o cuando consideramos el color de una superficie sin atender a su extensión”, Antoni Defez, “Inmaterialismo y realismo en Berkeley”, *Pensamiento* 71 (2015), 899.

⁷ T, Int., §XI.

⁸ T, Int., §XVIII.

⁹ T, Int., §XX.

El peligro del lenguaje, así como la imposibilidad de las ideas abstractas hacen que Berkeley busque una filosofía en la que el pensamiento rompa el vínculo palabra-idea (abstracta) además de aceptar que la mente trabaja solamente con ideas particulares.¹⁰

Las ideas particulares son la materia prima de la epistemología berkeleyana. Éstas son el resultado de las impresiones de los sentidos, o bien de las operaciones de la mente. “La vista me da idea de la luz, del color en sus diferentes grados, variaciones y matices. Mediante el tacto percibo, por ejemplo, lo blanco y lo duro, el calor y el frío [...]”. Varias de estas ideas se presentan muchas veces en conjunto que agrupo en un nombre, por ejemplo manzana, árbol, libro.¹¹ Objetos que al ser resultado de ideas particulares aparecen siempre de manera concreta y no como una abstracción. Así lo explica Defez:

Para Berkeley, las ideas de la percepción sensorial son entidades mentales particulares y concretas que percibimos involuntariamente. Es decir, estamos ante un fenomenismo que se entrelaza con un nominalismo extremo, y todo ello al servicio del inmaterialismo y el espiritualismo. En efecto, Berkeley no sólo no acepta la existencia de ideas innatas —todas las ideas o son facticias o adventicias, por decirlo en términos cartesianos—, sino que, además, no hay tampoco ideas generales abstractas, porque incluso nuestras ideas generales son particulares y concretas. Y ésta no es una tesis marginal, ya que precisamente la aceptación de la teoría de las ideas abstractas sería una de las razones que ha hecho creer a los filósofos en la existencia de la materia.¹²

Con la postulación de las ideas como elemento constitutivo de la realidad, por ahora en sentido epistemológico, Berkeley comienza a construir una ontología en la que existen dos elementos, por una parte aquello que es percibido: las ideas, y por otro, aquello que percibe: la mente, espíritu o alma.¹³ Establece

¹⁰ T, Int., § XXIII.

¹¹ T, I, §I.

¹² Antoni Defez, “Inmaterialismo y realismo en Berkeley”, *Pensamiento* 71 (2015), 899.

¹³ Defez nos explica que “[...] entendemos los espíritus como una sustancia espiritual activa, simple, indivisible y, por este motivo, inmortal que, en tanto que percibe ideas, es llamado «entendimiento», y «voluntad» en tanto que las produce o actúa sobre ellas. Se podría decir, así, que la existencia de los espíritus sólo puede ser conocida por la razón a través de los efectos de sus actividades o acciones (T, I, §27, §138 - §139). Y eso valdría tanto para el propio caso, como respecto de los otros espíritus. En efecto, cada uno conoce su existencia, en tanto que espíritu, a través de un sentimiento interior o reflexión sobre su propia actividad mental —percibir ideas es a la vez ser consciente de percibir ideas—, mientras que es a través de inferencias inductivas basadas en la analogía con nuestras propias acciones como sabemos de la existencia de los otros espíritus (T, I, §89, §140 y §145). Antoni Defez, “Inmaterialismo y realismo en Berkeley”, *Pensamiento* 71 (2015), 906.

en esta distinción un criterio de existencia: “la existencia de una idea consiste simplemente en ser percibida”.¹⁴ Ningún pensamiento, ni las pasiones que provocan éstos, ni las ideas formadas por la imaginación pueden existir sin una mente que las perciba, explica el filósofo irlandés.¹⁵ Es decir, la existencia no es una propiedad absoluta, sino que siempre está ligada a ser percibida. Es decir, la existencia como experiencia de una mente sobre algo es la condición del ser. El autor considera además, que mientras que la mente es un principio activo, las ideas son inactivas y pasivas por lo que por sí mismas no pueden garantizar la existencia de ningún ser.¹⁶

Las consecuencias de este criterio de existencia nos acercan ya a la tesis fundamental de los *Principios* y la más polémica:

Es ciertamente extraño que haya prevalecido entre los hombre la opinión de que casas, montes, ríos, en una palabra, cualesquiera objetos sensibles tengan existencia real o natural, distinta de la de ser percibidos por el entendimiento. [...] Pues, ¿qué son los objetos mencionados sino las cosas que nosotros percibimos por nuestros sentidos, y qué otra cosa percibimos aparte de nuestras *propias ideas o sensaciones*? Y ¿no es una clara contradicción que cualquiera de éstas o cualquier combinación de ellos, puedan existir sin ser percibidas?¹⁷

El error de considerar la existencia de los entes por separado de la percepción tiene su origen para Berkeley en la creencia en las ideas abstractas, como si las ideas no requirieran de ser percibidas de manera particular para existir. “¿Puede haber más flagrante abuso de la abstracción que el distinguir entre la existencia de los objetos sensibles y el que sean percibidos, concibiéndolos existentes sin ser percibidos?”.¹⁸ La separación de la existencia de la percepción para nuestro autor es un paso injustificado porque aunque puedo dividir con el pensamiento algunas ideas, como el olor de la rosa de ésta, no puedo concebir de manera justificada la existencia sin percepción. Mientras las cosas “no existan en mi mente o en la de otro *espíritu creado*, una de dos: o no existen en absoluto, o bien, *subsisten en la mente de un espíritu eterno*”.¹⁹

Berkeley observa un caso en particular en la que se ha abusado de la separación entre la existencia y la percepción y que ha llevado al ateísmo, al escepticismo y a la incompreensión de la realidad, nos referimos a la materia. Pues,

¹⁴ T, I, §II.

¹⁵ T, I, §III.

¹⁶ T, I, § XXV.

¹⁷ T, I, §IV.

¹⁸ T, I, §V.

¹⁹ T, I, §VI.

piensa Berkeley, en la suposición de una substancia que no puede ser percibida y que sin embargo subyace a todos los objetos, se cometen los errores que en los que se ha incurrido con las ideas abstractas. Una substancia así no sólo no refiere a nada, sino que además, como veremos más adelante, resulta innecesaria para explicar la realidad, pues si lo que conocemos son las ideas de los objetos, ¿por qué Dios crearía una doble naturaleza para cada objeto: materia e idea?, pues “habría creado un gran número de cosas inútiles, sin objeto ni finalidad visible”.²⁰ Además, Berkeley considera que la materia en tanto distinta del pensamiento nos sería inaccesible en tanto que sólo conocemos las ideas de las cosas y no su materialidad. Puesto que sólo percibimos ideas, es decir, aquello que está incorporado en el pensamiento.

Para Berkeley los objetos y sus diferentes propiedades no son sino ideas en la mente, las ideas no pueden existir con independencia de una mente que las perciba como en una sustancia no pensante, es decir en la materia, y si existieran nos resultarían inaccesibles en tanto estrictamente materiales.²¹ Además de esto, el irlandés critica la distinción hecha por los modernos entre cualidades primarias y secundarias, pues ambas aparecen de igual forma: como percepciones de una mente. ²²Aunque acepta la distinción entre lo que llama ideas reales y las quimeras, es decir distingue entre las ideas que provienen de la percepción y que refieren a *cosas reales* y las que tienen origen en la imaginación que provienen de la actividad del propio sujeto.

Subrayemos algunas consecuencias de lo hasta aquí expuesto, la primera de ellas es que las cosas sólo existen en tanto que son percibidas, es decir en tanto que son ideas. Fuera de su existencia como ideas (percepciones, imaginaciones, conceptos) no existen, o al menos serían incognoscibles. Un cuerpo, por ejemplo, siempre sería conocido como una experiencia mental, fuera de esto, de ser percibido, no podemos atribuirle o conocerle otra naturaleza, por ejemplo su materialidad. La otra cuestión que el fragmento anterior nos deja ver es la necesidad de integrar en la metafísica berkeleyana a un espíritu eterno que perciba las cosas como un espectador permanente que garantice la existencia continua de las ideas, porque si las ideas existen al ser percibidas, su existencia sería tan intermitente como lo fueran los espíritus que las perciban.

Las dificultades y problemas de lo que hasta aquí ha dicho Berkeley no son pocas para quien está leyendo los *Principios*. Nuestro autor mismo es consciente de las preguntas que podría despertar en lector, y también de las posibles objeciones de sus adversarios. En la siguiente sección presentamos algunas de las

²⁰ T, I, §XIX.

²¹ T, I, §IX.

²² T, I, §X.

críticas que Berkeley se plantea a sí mismo, que creemos nos ayudarán a clarificar algunos de los puntos ya mencionados antes de presentar nuestra propia preocupación acerca de la cuestión de Dios.

Berkeley vs Berkeley

A continuación presentamos algunas objeciones que el propio Berkeley plantea a su doctrina, estas objeciones hacen evidente que el irlandés quiere fortalecer y aclarar su argumentación:

*Objeción A:*²³ ¿En defensa de la materia, pregunta Berkeley, es posible que aunque las cosas sean ciertamente ideas, éstas refieran también a una sustancia desprovista del pensamiento?²⁴ La respuesta de Berkeley es que las ideas, en tanto que su naturaleza es mental, no pueden referir a una naturaleza que les es extraña como la materialidad, así nos dice:

[...] una idea no puede sino ser semejante a otra idea [...] cosas externas, supuestos originales de lo que nuestra ideas serían copia o representación ¿son perceptibles por sí mismas o no? Si lo son, entonces ellas son ideas, *lo que confirma mi tesis*; y si se me dice que no solo son, desafío a que se me diga si tiene sentido afirmar que un color es semejante a algo invisible, o que una cosa dura o blanda es semejante a algo intangible, y así de lo demás.

Esto implica que no hay razones para suponer que haya alguna relación entre las ideas de las cosas y una supuesta naturaleza extramental de las mismas, a la que las ideas no se parecen ni la requieren para afectarnos pues: “podemos ser afectados por las ideas que actualmente poseemos, aun sin la existencia de cuerpos que se les asemejen: tal ocurre en los ensueños, vesanias y casos parecidos”.²⁵

Objeción B: Si no existe la materia, “¿qué vienen a ser el Sol, la Luna y las estrellas? ¿Qué hemos de pensar de las casas, de las montañas y ríos, de los árboles, de las piedras, y hasta de nuestros propios cuerpos? ¿Todo esto no es más que quimeras e ilusiones de nuestra fantasía?”²⁶ Incluso: ¿esto quiere decir que comemos y bebemos ideas y que con ideas nos vestimos?²⁷ Berkeley replica a su propio cuestionamiento que no pretender refutar la existencia de las cosas, pero niega que éstas estén sostenidas en un sustrato material. Recuerda además la

²³ Somos nosotros quienes estamos esquematizando así, con letras, algunas de las objeciones de Berkeley y no porque así se presenten en *Los principios*.

²⁴ T, I, §VIII.

²⁵ T, I, §XVIII.

²⁶ T, I, §XXXIV.

²⁷ T, I, §XXXVIII.

distinción entre las ideas que provienen de la realidad y las que provienen del espíritu humano. Así se entenderá que “el Sol que vemos de día es el Sol real, y el que de noche imaginamos es la idea del primero. Entendida así la realidad, es evidente que el vegetal o la estrella o el mineral, y en general, cualquiera de los seres mundo es tan real dentro de nuestro sistema como pueda serlo en otros”.²⁸ Aún si para algunos suena ridículo decir, en el lenguaje vulgar, que nos alimentamos y nos vestimos con ideas, para Berkeley está demostrado que esto es exactamente lo que ocurre en tanto que la bebida y el vestido no son sino ideas, es decir son percibidos en la mente y en eso consiste su existencia.

Objeción C: Se puede objetar, dice el irlandés, que existe una continua creación y aniquilamiento de seres según se perciban o no las cosas (ideas): “al cerrar los ojos, quedan reducidos a la nada los objetos y muebles del salón; y con sólo abrirlos de nuevo otra vez son creados”.²⁹ Berkeley recuerda que esto es lo que se ha admitido que sucede respecto a las propiedades secundarias, además de que los escolásticos admiten que las cosas están siendo creadas de continuo. En su caso, Berkeley explica que no existe una destrucción y creación continua de los entes, puesto que su existencia no depende solamente de que yo las esté percibiendo. Mientras haya una mente que las perciba seguirán existiendo.³⁰ Si Dios, como lo concibe Berkeley, es una mente eterna que jamás deja de percibir, entonces las cosas seguirán existiendo sin interrupción.

Objeción D: Sin la postulación de la materia o la sustancia extensa parece que todos los progresos hechos en la filosofía por antiguos o modernos para el conocimiento de la naturaleza son inútiles.³¹ Sin embargo, Berkeley considera que los fenómenos de la naturaleza, como el movimiento de la Tierra, pueden seguir siendo explicados a la perfección sin suponer la materialidad de las cosas, pues éstas no se fundan de hecho en sustancias corpóreas sino en cualidades que son ideas. Para nuestro autor cometemos un error al creer que las ideas han sido despertadas en nosotros por las cosas, pues éstas sólo pueden provenir de su percepción en un espíritu, ya sea el nuestro o uno externo que les dé realidad al percibir las. El Supremo espíritu, nos dice, es regular y uniforme, y así son las ideas que nos despierta, salvo cuando éste recurre al milagro y modifica la regularidad a la que estamos acostumbrados “para despertar la admiración de los hombres y elevarlos al conocimiento del Ser divino”.³² Mientras exista una percepción común y regular de ciertas ideas podemos seguir estudiando la na-

²⁸ T, I, §XXXVI.

²⁹ T, I, §XVIII.XLV.

³⁰ T, I, §XLVIII.

³¹ T, I, §L.

³² T, I, §LVII y LXIII.

turalidad. Para Berkeley queda claro que la comunidad de las ideas se explica a partir de que es Dios quien las provoca simultáneamente en las personas.

Objeción E: Alguien puede replicar, dice el filósofo irlandés, que tal vez la materia aun si ser percibida por nosotros, lo es sin embargo por Dios para provocar las ideas en la mente. Berkeley responde en primer lugar que ha demostrado que no es necesaria la existencia de la materia para que Dios despierte en nosotros las ideas, en segundo lugar aceptar esta noción de materia, cuando sabemos que no se trata de una idea, es decir que no puede percibirse, ni conocerse no le parece una refutación seria pues siguiendo lo que ha expuesto debe ser claro “que no existen sustancias insensibles no percibidas”.³³ Que a pesar de esto haya quien sostenga la materia mostraría: “el gran apego que contra toda evidencia, muestra la mente humana para admitir un estúpido algo que carece de pensamiento y sensibilidad, y cuya interposición viene a aislarnos de la providencia de Dios, al que parece se quiere alejar de la marcha de los acontecimientos del mundo”.³⁴

Una última objeción interesante (*Objeción F*) expuesta por Berkeley es que negar la materia podría negar lo dicho por las Sagradas Escrituras que sugieren que las cosas son más que meras ideas. La Biblia supone la materialidad de la madera, las piedras, montañas, ríos o el cuerpo humano.³⁵ Para nuestro filósofo su doctrina no contradice la Biblia pues ésta toma las cosas en su sentido corriente y no en el filosófico. Además de que “en ninguna parte de la Sagrada Escritura se menciona la materia tal como la entienden los filósofos, ni la existencia de objetos sin la mente o fuera de ella”.³⁶ Pero entonces, pregunta más adelante, “¿cabe suponer que el Salvador en las bodas de Caná no hizo sino engañar la vista, el olfato y el gusto de los comensales, creando en ellos una mera apariencia o idea del vino?”.³⁷ A lo que responde (retomando su anterior explicación sobre las ideas reales y las imaginarias): “[...] si todos los convidados vieron, olieron, gustaron y bebieron el vino y sintieron sus efectos, en ninguna manera puedo yo dudar de que aquello fue vino en realidad”.³⁸ ¿Pues qué sería el vino más allá de la percepción clara y evidente de sus propiedades? Esto, por supuesto, es compatible de que las modificaciones hayan sido hechas sólo al nivel de las ideas. Si fueron o no hechas en sentido material no puede saberse, pues nosotros no podemos salir de las ideas de las cosas con nuestro pensamiento.

³³ T, I, §LXXI.

³⁴ T, I, §LXXV.

³⁵ T, I, §LXXXII.

³⁶ T, I, §LXXXII.

³⁷ T, I, §LXXXIV.

³⁸ T, I, §LXXXIV.

Con estas objeciones y otras que por el momento no hemos retomado, Berkeley considera que ha dejado en claro los alcances de su teoría y fortalecido el objetivo de sus postulados que es no sólo la claridad epistémica sino eliminar las doctrinas ateas y escépticas que se han valido de la postulación de la materia para generar confusión y dudar del papel de Dios como sostén ontológico de la realidad:

No habrá necesidad de insistir en hacer ver la simpatía e inclinación que en todas las edades han mostrado los ateos por la materia. Todos sus monstruosos sistemas están en tan visible dependencia de ella, que apenas se renueve ésta su piedra angular, todo el edificio se viene necesariamente a tierra, de manera que no vale la pena gastar más tiempo en refutar los absurdos de cada una de estas desdichadas sectas ateas.³⁹

Al eliminar la materia y suponer a Dios como un espíritu eterno que percibe las ideas de las cosas y que nos hace percibirlas, implica que solamente a partir de él se puede explicar la existencia de las cosas, entendida no como existencia abstracta sino como ideas reales. Sin la materia los enemigos de la religión, hobbesianos y afines, nos dice Berkeley, han perdido su única fortaleza “y así resultan enemigos muy fáciles de vencer”.⁴⁰ A esto se suma, para el pensador, que la existencia de Dios es percibida con más evidencia que la de los hombres por los efectos que genera en la naturaleza, por ejemplo, que sólo a través del sostén que éste realiza de las ideas es posible la comunicación y la percepción. Todo lo visto, oído, tocado es un signo y efecto del poder de Dios,⁴¹ “Él cambia las tinieblas en la luz de la mañana y muda el día en la noche”⁴² por lo que “[...] Basta que abramos los ojos para ver al soberano Señor de todas las cosas con mayor claridad, con más plena luz y, incomparablemente mejor de lo que podamos ver a nuestros semejantes”.⁴³

A pesar del optimismo de Berkeley de haber establecido criterios epistemológicos que dependen de la aceptación de la existencia de Dios, nosotros creemos, sin embargo, como exponemos en la siguiente sección, que los ateos todavía podrían responderle algunas cosas a Berkeley sobre esta cuestión. Si tienen éxito, tal vez la materia tenga una segunda oportunidad como sustrato de las cosas sensibles de mundo.

³⁹ T, I, §XCII.

⁴⁰ T, I, §XCIII.

⁴¹ T, I, §CXLVIII.

⁴² Amós V:88, cit en T, I, §CL.

⁴³ T, I, §CXLVII.

La cuestión de Dios

Como hemos visto en diversos pasajes, hay una preocupación religiosa y teológica en los *Principios* que está ya presente en el título de la obra en donde se advierte que se investigará a los ateos y escépticos con el objetivo claro de refutarlos. Así lo dice en el prefacio: “[Este libro me ha parecido] una evidencia clarísima y no de menor utilidad, particularmente para aquellos que sienten el vértigo y la seducción del escepticismo, o necesitan una demostración de la existencia e inmaterialidad de Dios y de la inmortalidad del alma”. Cabe mencionar que recurrir a Dios no es un elemento que distinga a Berkeley de otros modernos, que también encontraron en la existencia divina el sostén ontológico de principios ontológicos fundamentales como la racionalidad del mundo, su conservación y continuidad. Lo que diferencia al irlandés es la centralidad que Dios toma como sostén ontológico y epistemológico al nivel de las ideas. Defez nos explica que:

[...] es Dios quien primero percibe creando nuestras percepciones. No estamos, pues, ante el *deus ex machina* de los materialistas que crea el mundo —la materia y las leyes de la naturaleza— y se retira después a contemplar su obra, interviniendo como mucho sólo puntualmente para ajustar las desviaciones que pudiesen darse. No, Dios crea el mundo constantemente manteniéndolo en su existencia, y lo hace pensándolo, percibiéndolo a voluntad, de manera que aquello que los espíritus finitos no perciben en un momento determinado puede seguir existiendo en la percepción divina. Dios garantiza la existencia constante del mundo y, en concreto, que los objetos sensibles sean, diciéndolo a la manera de Stuart Mill, posibilidades permanentes de percepción.⁴⁴

Dios es la mediación universal entre espíritus e ideas, además de ser el conservador y regulador de las ideas de los entes. Debido a esto, es claro que el universo berkeleyano de los *Principios* se desfondaría si Dios no existiera. Lo que para el autor es el elemento fuerte de su doctrina es también su mayor punto vulnerable.

Si Dios no existiera y por tanto no hubiera una mente que perciba permanentemente las cosas, habría que explicar de dónde provienen las ideas de las cosas, cómo permanecen y cómo pueden ser comunes. ¿Esto significaría que la materia puede resurgir como un elemento ontológico? Creemos que esta sería una consecuencia posible para explicar la regularidad de las cosas del mundo y su percepción. De otra manera habría que aceptar absurdos y contradicciones imposibles, como que los objetos están apareciendo y desapareciendo según

⁴⁴ Antoni Defez, “Inmaterialismo y realismo en Berkeley”, *Pensamiento* 71 (2015), 906.

sean percibidos o que yo mismo desaparezco si no me percibo. Un sustrato permanente tendría que considerarse.

Debe concederse a Berkeley, sin embargo, que acierta cuando observa que independientemente de la naturaleza de los cuerpos éstos siempre aparecen para el sujeto como una idea, es decir como una experiencia mental y no existe, por así decirlo, una comunicación directa entre los cuerpo sino a partir de la medicación del pensamiento. Lo que sea la materia “en sí misma” si esta existiera sería ciertamente incognoscible pues el ser humano sólo puede acercarse a ella a partir de su pensamiento. Consideramos, sin embargo, aunque en esto no ahondaremos por ahora, que Berkeley no probó la inexistencia de la materia, solo la imposibilidad de conocer la sustancia material, y que una vez postulada la naturaleza de Dios, en los términos que ya expusimos, la existencia de la materia debe darse por innecesaria y debe ser una noción expulsada de la filosofía como todas las palabras engañosas que refieren a ideas abstractas, es decir, inexistentes. En cuanto a que de hecho la materia sea inexistente no se ha probado. Pero regresemos a la pregunta que hemos planteado, ¿qué pasaría si la concepción de Berkeley sobre Dios no fuera tan firme y sólida como él lo cree?

A nuestro parecer esta es una pregunta que debe hacerse pues el concepto de Dios, nos parece, posee diversas debilidades a las que no se atiende en *Los principios* y que puede explicar desarrollos posteriores en los que Berkeley sigue otros caminos. Una de las principales debilidades de su concepción de Dios es que dependen de pruebas *a posteriori*. Para Berkeley la regularidad del mundo y que percibimos cosas bastaría para probar la existencia de Dios. Sin embargo, las pruebas *a posteriori* pueden llevar a preguntas inquietantes, por ejemplo, observando la realidad podemos preguntarnos por qué Dios, a pesar de ser Dios, permite que existan las ideas de cosas malas o indeseables como la fatiga, la pobreza. ¿Qué la existencia de la maldad, la fealdad, las miserias del mundo no pondrían en tela de juicio la participación de un Dios racional y bondadoso en la conservación de las ideas? Esto le preocupa incluso a Berkeley hacia el final de la obra donde dice:

Se objetará, indudablemente, 1) que los procedimientos lentos [...] no revelan que sea su causa la mano de un agente todopoderoso. En segundo lugar, 2) los monstruos, los nacimientos prematuros, los frutos agostados en flor, las lluvias que sin provecho caen en el desierto; y por último, 3) las calamidades a que se ve expuesto el género humano, parecen ser otras tantas pruebas de que en la marcha y estructuración de la naturaleza no actúa [Dios] de inmediato ni como rector supremo un espíritu de infinita sabiduría y bondad.⁴⁵

Estas inconsistencias del actuar divino en el mundo son, sin embargo, mi-

⁴⁵ T, I, §CLI.

nimizadas por Berkeley, en tanto que piensa que a partir de los defectos e imperfecciones se le da variedad al mundo y aumenta la belleza del resto de la creación. El autor también considera que somos nosotros los que juzgamos las imprevisiones del Autor de la naturaleza porque estamos acostumbrados a medir el mundo desde la mirada humana que siempre parte de su escaso poder y que no admite, por ejemplo, la pérdida de semillas o la destrucción accidental de plantas y animales que habrían sido provechosos.⁴⁶ De igual manera el mal y el dolor en el mundo son juzgados desde la condición del bienestar humano que es muy estrecha, pero “nos veremos obligados a reconocer que aquellas circunstancias que miradas en sí mismas aparecen como un mal para nosotros, tienen aspecto de bien cuando se les contempla formando parte del sistema o conjunto de las cosas creadas”.⁴⁷ Pues la bondad de Dios es evidente para Berkeley si, como ya nos ha dicho, “Él está en nosotros y nos conserva el ser dondequiera que vayamos; nos proporciona el pan que nos sustenta y el vestido que nos cubre; [...] está presente en nuestros más íntimos pensamientos; [...] estamos en la más inmediata y absoluta dependencia de sus divinas manos”.

Más allá de la fe, recordemos que los argumentos de Berkeley han puesto a Dios en el centro de la conservación de las ideas de las cosas en tanto condición onto-epistémica. Sólo la percepción infinita de la divinidad permite que las cosas no desaparezcan cuando cerramos los ojos, y que nosotros mismos no nos disolvamos en la nada cuando dormimos o nos desmayamos sin que nadie nos perciba.

Pero el asunto central de la concepción de Dios tal vez no sea tanto la existencia del mal o su infinita bondad, sino que el propio concepto de Dios empieza a parecer inconsistente y es imposible tener *una idea* sobre él. Es cierto que Berkeley advirtió en su obra que los espíritus (los que perciben) debido a su actividad, a diferencia de las ideas, no permiten que se haga de ellos una idea clara. Sin embargo, ¿hasta dónde estamos dispuestos a aceptar que se nos difumine la idea de Dios hasta casi caer en una nueva abstracción a partir de sus supuestos efectos en el mundo? ¿No será que así como no habría materia, no habría Dios sino solamente una serie de efectos cuyas causas no podemos explicar sin caer en una nueva abstracción?

Si Dios resultara una nueva abstracción y no pudiera afirmarse como existente, entonces las ideas se deben conservar y hacer comunes de otra manera. La materia, a nuestro parecer, sería claramente uno de los candidatos más importantes para explicar la presencia y sostén de las cosas, a reserva, concediendo a Berkeley, de encontrar nuevos principios no abstractos, que expliquen la

⁴⁶ T, I, §CLII.

⁴⁷ T, I, §CLIII.

realidad. Pues sin Dios tendría que apelarse a algún sustrato que permita la regularidad de la existencia de las cosas y su percepción común.

Berkeley insistiría, claro, que la materia no puede afirmarse como existente, en tanto idea abstracta sobre la que no tenemos ninguna percepción. Pero esa crítica, como dijimos, a pesar de Berkeley, podría aplicar también a Dios, de quien no conozco sino signos indirectos, que además parecen con todo, contradictorios. Concedamos a Berkeley que la materia no puede considerarse como el verdadero sostén de la realidad, en tanto que es inaccesible para el pensamiento, pero tal vez él deba concedernos que tal vez tampoco Dios lo sea.

Conclusiones

En las páginas anteriores hemos presentado la onto-epistemología de Berkeley en *Los principios*, nos hemos interesado particularmente en el papel de Dios dentro de esta doctrina, donde la percepción es condición necesaria para afirmar la existencia de los entes. Los entes, además, como explicamos, para Berkeley sólo pueden concebirse como ideas. En la última sección discutimos cuál es el papel de Dios dentro de la explicación berkeleyana de lo real, y nos preguntábamos si la concepción de la divinidad no es ella misma vulnerable a las críticas que el irlandés ha establecido a diversos aspectos de la epistemología moderna como la que hace a las ideas abstractas. Esto resulta importante porque, como mencionamos, al ser tan central el papel de Dios en el universo de Berkeley, si éste resulta inconsistente o imposible, bajo las propias reglas de Berkeley, entonces se requeriría otra explicación de múltiples fenómenos onto-epistémicos, principalmente la regularidad de la existencia de las cosas y el proceso de poseer percepciones comunes con otras personas. Para nosotros el concepto de Dios podía ser criticado como se criticó a las ideas abstractas, y con ello la consiguiente eliminación de la materia. Pero en un universo berkeleyano sin Dios, todo tendría que repensarse de nuevo, cuestión que no realizaremos por ahora, porque es una tarea abierta para toda la filosofía.

Fuentes consultadas

- Berkeley, George. *Principios del conocimiento humano*. Barcelona:Folio, 1999.
- Consiglio, Francesco. “Introducción al concepto de idea en la filosofía de George Berkeley”. *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 5:6 (2016): 283–296.
- Sobrevilla, David, “El idealismo de Berkeley”. *Areté. Revista de filosofía* VII: 2, (1995): 331-352.
- Defez, Antoni, “Inmaterialismo y realismo en Berkeley”. *Pensamiento* 71:68 (2015), pp. 897-908.